

Mira esa foto, es como si miraras un cielo estrellado

Por Mónica Nepote

Cascadas cantantes

En el prólogo a su libro *Vida y muerte de la imagen* el escritor Régis Debray trae a cuento una anécdota que deja bien claro el rasgo personal que puede tener cualquier apreciación perceptiva. Se trata de una historia protagonizada por un emperador chino y la imagen de una cascada que le quita el sueño. En la anécdota, apenas una breve referencia en la que Debray se explaya para hablar de las diferencias sensoriales entre Oriente y Occidente, el emperador manda tapar la imagen de la cascada porque el estruendo del agua no lo deja dormir.

Dejando de lado la interesante reflexión planteada por Debray al contraponer la historia de la cascada oriental con la sugerencia común entre los renacentistas de que, en caso de insomnio, se contemplaran cuadros de fuentes o ríos: “lo que al oriental quita el sueño al occidental lo ayuda a dormir”, resume el autor francés, y aunque su preocupación se dirige a acentuar la diferencia entre las visiones de una misma cosa desde dos enfoques culturales, al lector le embarga la sensación de candor, misterio y lirismo que sostiene la anécdota del chino. Como si la imagen fuera más allá de como querían los griegos, el “fantasma” de la cosa real. La cascada no es la imagen, es la cascada misma para el emperador.

Algo en la inquietud del chino, que me atrevo a suscribir al borde del lirismo, rebela en sí el mecanismo de lo que es una interpretación evocadora. Esa manera casi poética de sugerir que la imagen entra en nuestras vidas y nos conduce a una zona exploratoria de las sensaciones, o emociones más que una interpretación intelectual. En el fondo somos un poco como el emperador chino.

Las cosas vistas

El término francés *Déjà vu* ha dejado, desde hace décadas, de constituir en una expresión de lengua extranjera para suscribirse en nuestro diccionario de términos cotidianos. El *Déjà vu* trae en su propia sonoridad una reverberación nostálgica. Lo ya visto, ya encontrado. *Déjà vu* es, lo sabemos bien, algo que sale a nuestro paso y nos dispara a través de los sentidos un recuerdo, una visitación a un espacio o un evento en nuestras vidas.

No resulta gratuita la elección del término para el proyecto de la fotógrafa Paola Dávila. Un proyecto basado en el principio de reverberación. Explico: de manera similar a las ondas que se forman en un estanque luego de arrojar una piedra al fondo, el centro de este círculo serían las 260 fotos expuestas en un recinto y sus múltiples círculos, las reacciones que generan las imágenes: sentimientos recordados a través de la escritura trazados en un libro que la artista ha dejado en la sala de exhibición con ese fin preciso: registrar esa oleada de memoria personal en la multiplicidad de voces.

Quizá sea necesario partir de un orden cronológico: luego de un intensa exploración y aprendizaje del uso de la fotografía en blanco y negro, en un momento de transición y exploración, la artista decidió experimentar con el color. Para eso tomó una segunda e importante decisión, hacerlo armada de una cámara polaroid. Al cabo de tres años, de muchas dudas e interpretaciones de lo qué podían significar esos cientos de fotografías, Paola hizo una selección 260 imágenes. Ventanas, flores, nubes, frutos, árboles, ramas... fueron construyendo un catálogo diverso e íntimo. Una bitácora personal que comenzaba a abrirse a las posibilidades del otro. Una mirada lírica obsesiva en ciertos acentos: los paisajes, las bancas. Hago un énfasis en las bancas porque me parecen en sí el símbolo del momento vital de la fotógrafa: la construcción de un espacio de descanso, de un aparente mirador que le permitiera, en un futuro a corto plazo, tomar nuevas decisiones en su carrera. Esas imágenes cotidianas, íntimas, aún con sus “errores” (manchas, fuera de foco o veladuras) tenían una razón de ser y lograban una textura que, en conjunto, daban ellas mismas la pauta: qué nos provocan a nosotros quienes las miramos.

Imágenes que se vuelven grafía

Lectura visual, relectura, visitación, memorabilia catálogo de imágenes y recuerdos. Sensaciones, atmósferas, espacios de transición, aura, sombras, texturas, dimensiones. Este listado surge al contemplar las páginas que cientos de personas armaron en conjunto con la artista. Habría que revisar cada imagen y su convivencia con la escritura. Trazar similitudes entre las curvas de las grafías y las zonas luminosas o claroscuros de las fotografías. Pero en su visión de conjunta una cosa queda clara: a la manera del emperador chino cada participante comparte un fragmento de mundo personal y redimensiona la imagen en un contexto distinto. Los espectadores al intervenir la foto, dejan un trazo de sus vidas, en muchos casos hay una visible emoción por participar y ser leídos, en otros casos hay un paso sutil que, a la manera de

huella benjaminiana, sugiere o apunta una experiencia surgida a partir de la contemplación de la imagen, en muchos casos estos son los ejercicios más afortunados.

La escritura podría ser una especie de huella digital, si la imagen es el mundo evocado a través del ojo de la artista, la grafía es el rastro invitado, esa convivencia y diálogo que se establece entre dos desconocidos cuya perpetración sucede en las páginas de este libro. De las anécdotas familiares a las íntimas, del recuerdo vital que marca un fin de ciclo y un nuevo principio o una fisura dolorosa, a la simple y banal exaltación de las emociones. Si como decía Seferis el poeta viene a nosotros con sus experiencias y nosotros vamos a él como podemos con las nuestras, en *Déjà vu* queda sustentado este encuentro, a través del diálogo entre dos personas (artista y espectador) que miran las cosas y entre quienes se desata el intrigante mecanismo de asociación y memoria.

Qué recordamos y cómo lo recordamos, cuáles son las pautas de la memoria, han sido preguntas que han intrigado a científicos, autores, y artistas. En *Déjà vu* estas preguntas se prolongan no como un enigma a ser descifrado sino como una zona vital que confiere la dirección del proyecto. No demuestra sino sugiere, se interesa por el contorno de los objetos, por su convivencia solar o penumbrosa, y nosotros, espectadores los miramos como estrellas en el cielo o como nubes que pasan. La fotógrafa dispone un libro abierto y tinta para que detengamos, por un segundo, nuestra cascada. Somos ese emperador insomne que en lugar de cubrir la imagen explora en sus sensaciones y hace su propia polaroid a través de la escritura. Armamos en complicidad con la artista y porque ella nos permite, una galería imaginaria, en un ejercicio de sinestesia que nos deja satisfechos, partícipes. Somos presencia al igual que los objetos, somos ese rastro de perpetuidad en la voraz carrera de las cosas y el cosmos. Somos algo visto, algo leído y somos también ese chino insomne que contempla su cascada, sin atreverse del todo, a tapiar la imagen hermosa del agua.

Ciudad de México, Noviembre 2010.